

UN VIAJE AL HANAN PACHA

En el magnífico qhapah wasi de la ciudad del Cuzco, dentro de la kallanka señorial se celebraba un banquete por el retorno y triunfo de Pachacútec y sus ejércitos, ahí en medio del lado hanan; se ubicaba la tiyana donde ahora descansaba el atipaq Inga, defensor del Cuzco, máximo gobernante y conquistador de todo el Tawantin Suyu. Detrás de él estaba de pie un mozo, sosteniendo sobre la cabeza del gobernante una sombrilla de plumas, a su lado había un portaestandarte, el cual tenía la unancha señorial, dentro de la que se veían las figuras del hacha y la porra entrecruzadas y debajo de estas una montaña coronada con la salida del sol, todo esto bordado con hilos de oro, plata y lana de colores. En la muralla a espaldas del Inga, había dos figuras que sobresalían una era la imagen del Sol radiante, en el lado derecho, y la otra era la imagen plateada de la Luna, en el lado izquierdo. A ambos lados del hijo del Sol, estaban sentados sobre unos cómodos cojines sus parientes, principales generales, sacerdotes y sinchis aliados. Al frente de todos estos, en el lado urin descansaban sobre tapetes y mantos, los qhapahkuna, funcionarios y demás gobernadores invitados. A su vez a espaldas de todos estos se ubicaban las payas, entre esposas, hijas y hermanas de los mencionados. Los accesos al salón del banquete estaban resguardados por cientos de kachakuna de la élite militar cuzqueña, quienes, muy bien armados, controlaban la entrada y salida. Después de haber sido atendidos por sus kamanis y satisfechos por haber disfrutado de un gran banquete, el Inga envió a un muchacho a que fuera a llamar a quien se encargaría de entretenerlos en aquella noche.

Luego de un momento entre el barullo, la repartija de aqha y de algunas dulces frutas exóticas, ingresó al pequeño patio dentro del salón, un anciano khipu kamayuk llevando entre sus manos varios vetustos y descoloridos khipus.

El amawta se ubicó de pie en medio de la gran kallanka, mientras que tan solo con una enérgica mirada a su alrededor, el Inga imponía silencio a las murmuraciones de sus invitados, luego le ordenó al anciano iniciar su relato.

Tomó entonces, el viejo khipu kamayuk el atado de hilos añejos y mostrándoles a todos, empezó a narrar una de esas extrañas historias a las que los tenía acostumbrados tanto al Inga como a los qhapahkuna de su poderosa corte.

-¡Oh!, poderoso Inga, ¡único señor de los cuatro suyos! - empezó diciendo el anciano narrador en forma muy solemne y respetuosa, para ganar de este modo la total atención de todos los presentes.

-¡Noble, Hijo del Sol y sagrado representante del Illa Ticci Wiraqucha! -continúo entonces con su narración -pero antes soltó una tos, carraspeó la garganta un poco y, aclarando la voz- haciendo una pausa silenciosa prosiguió su relato.

El narrador expresaba en su rostro un aire de seriedad y sabiduría:

-¡A continuación voy a narrar, todo aquello que está en estos antiguos nudos y que hoy aún puedo ver e interpretar!" -anuncio con voz firme, mientras miraba los nudos del atado.

-“Cañawita era el nombre de aquel sorprendente, maravilloso, poderoso y único niño...”